

DOMINGO XXXIII. TIEMPO ORDINARIO. CICLO C.

Lc. 21, 5-19

En aquel tiempo, algunos ponderaban la belleza del templo, por la calidad de la piedra y los exvotos. Jesús les dijo:

-Esto que contempláis, llegará un día en que no quedará piedra sobre piedra: todo será destruido.

Ellos le preguntaron:

-Maestro, ¿Cuándo va a ser eso?, ¿y cuál será la señal de que todo eso está para suceder?

Él contestó:

-«Cuidado con que nadie os engañe. Porque muchos vendrán usurpando mi nombre, diciendo: "Yo soy", o bien: "El momento está cerca"; no vayáis tras ellos. Cuando oigáis noticias de guerras y de revoluciones, no tengáis pánico. Porque eso tiene que ocurrir primero, pero el final no vendrá en seguida.»

Luego les dijo:

-«Se alzarán pueblo contra pueblo y reino contra reino, habrá grandes terremotos, y en diversos países epidemias y hambre. Habrá también espantos y grandes signos en el cielo. Pero antes de todo eso os echarán mano, os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a la cárcel, y os harán comparecer ante reyes y gobernadores, por causa mía. Así tendréis ocasión de dar testimonio. Haced propósito de no preparar vuestra defensa, porque yo os daré palabras y sabiduría a las que no podrá hacer frente ni contradecir ningún adversario vuestro. Y hasta vuestros padres, y parientes, y hermanos, y amigos os traicionarán, y matarán a algunos de vosotros, y todos os odian por causa mía. Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá; con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas.»

CUENTO: EL TESTIMONIO DE LOS CRISTIANOS

Un templo atravesaba serias dificultades provocando el total abandono por parte de sus feligreses y quedando tan sólo cinco miembros: el párroco y cuatro personas ancianas, todos mayores de 60 años. En las montañas, cerca del templo, vivía un obispo en retiro. Una vez, el párroco se animó a pedirle al obispo algún consejo que podría ayudar a salvar la iglesia y hacer que los feligreses retornaran a ella. El párroco y el obispo hablaron largamente, pero cuando el párroco le pidió el consejo, el obispo le respondió: "No tengo ningún consejo para ti. Lo único que te puedo decir es que el Mesías es uno de vosotros". De regreso al templo, el pastor le comentó a los cuatro miembros restantes lo que el obispo le había dicho. Durante los siguientes meses que siguieron, los viejos feligreses reflexionaron constantemente sobre las palabras del obispo. "El Mesías es uno de nosotros", se preguntaron unos a otros. Decidieron entonces asumir dicha posibilidad, y empezaron a tratarse con un extraordinario respeto y exquisito cuidado puesto que uno de ellos podría ser el Mesías. Los meses fueron pasando, y las personas empezaron a visitar la pequeña Iglesia atraídos por la aura de respeto y gentileza que envolvía a los cinco feligreses. Duros de creer, más personas empezaron a retornar a la Iglesia, y ellos comenzaron a traer amigos, y sus amigos trajeron más amigos. En pocos años, el templo volvió a ser instancia de fe y de regocijo, gracias a la

multitud de fieles que asistían diaria y semanalmente al templo. Y por supuesto, gracias al regalo del señor obispo.

ENSEÑANZA PARA LA VIDA:

Se acerca el final de tiempo litúrgico y la Palabra de Dios nos vuelve a recordar un año la fugacidad de las cosas y de la vida, para que no se nos olvide que somos limitados. Y para que nos tomemos en serio la llamada de Jesús a transformar este mundo caduco, injusto e insolidario, en ese Reino de Dios en que habite la justicia, la paz, la igualdad y la libertad. Pero parece, según nos dice el Evangelio que no se podrá realizar sin lucha, porque los poderes contrarios a este Reino son fuertes y poderosos y tratarán de perseguirnos, desacreditarnos y eliminarnos si pueden.

Pero a la vez hoy el Evangelio es un canto a la esperanza y a la confianza en Dios, no en las seguridades humanas. Como a quienes se quedaban deslumbrados por la belleza del templo, demasiadas veces nosotros también hemos edificado la fe sobre la belleza del poder, de las hermosas piedras de nuestras iglesias o de la influencia humana de nuestra institución. Pero ése no es el poder del Evangelio. El poder de la fe está en el testimonio coherente de vida. Por eso que lo que está pasando hoy con la fe y la Iglesia en nuestra sociedad, sobre todo occidental y europea, puede ser, y creo que lo es, un signo de Dios para volvernos más humildes y más auténticos, más testimoniales y más evangélicos. Quizá seremos menos, pero sin duda puede que más auténticos. Parece demostrado que la fe a lo largo de la historia se ha mantenido gracias al testimonio de los mártires y de los santos que han dado testimonio hasta con su vida en tiempos de persecución. Hoy esa persecución es más mediática que sangrienta, pero no menos peligrosa. Como nos dice el Evangelio es la hora del testimonio, no de los lamentos o nostalgias de tiempos mejores o más numerosos en fieles. Ser cristiano hoy no está de moda ni tiene realce mediático, a no ser para sacar los posibles trapos sucios de ciertos cristianos que no hacen honor a su nombre. Poco se habla de la ingente labor social, educativa y evangelizadora que hacen los cristianos por todo el mundo. No interesa sacar eso, porque entre otras cosas cuestiona nuestra aburguesada vida que genera, con su silencio, tantas injusticias y desigualdades. Preferimos evadirnos con cosas banales, con personajes vacíos que pululan en nuestras televisiones y medios de comunicación pero que no son modelo de ningún valor moral o ejemplar. Y es ahí donde los cristianos de ayer y de hoy deben sacar la fuerza de su fe con el testimonio de su amor a todos, especialmente a los más necesitados. Es la hora de no callarnos, ni de encerrarnos en la belleza de nuestros templos. Es tiempo de salir a la vida, de amar con intensidad, de tender la mano, de prestar el hombro, de acoger a todos. Aunque eso nos cueste la incompreensión de los nuestros o la crítica de los que nos atacan. Iglesia militante que ofrece con alegría el inmenso regalo de la fe y del Evangelio a una sociedad que más que nunca necesita una palabra de esperanza y de vida verdadera, humanizada y humanizadora. No es la hora del desánimo o la tristeza porque disminuimos en número o en presencia social. Es hora de levantar las cabezas, de no tener miedo, de confiar en que Cristo nunca nos abandonará, de sentirnos orgullosos de nuestra fe y de comprometernos a dar testimonio de ella.

Como nos dice el cuento, es hora de que se note que por donde pasa un cristiano de verdad y donde se reúne una comunidad cristiana florece la alegría, crece la fe, aumenta el amor, disminuye el egoísmo, se borra la violencia, fluye el perdón, amanece la esperanza, resurge la paz. Si así lo hacemos, como dice el cuento, seguro que muchos de nuevo se acercarán y el Evangelio se vivirá y se cumplirá. Aquí en esta tierra y en la vida eterna.

¡FELIZ, ESPERANZADA Y TESTIMONIAL SEMANA!